

sus largas togas, y escapemos; el rey dice sí ahora, y dentro de cinco minutos dirá no.

— ¡ Gracias, gracias, hermano mío ! respondió el joven. — Estaba como tú, impaciente por marchar.

— Vamos, vamos, ahí tienes á los cuervos que llegan; desaparece, tierno ruiseñor.

En efecto, por detrás de los oidores se vió huir á los dos jóvenes como dos sombras, volviendo á caer, así que pasaron, las pesadas cortinas.

Cuando el rey volvió la cabeza, habían desaparecido ya.

Enrique lanzó un suspiro y besó su falderito.

V.

El suplicio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los oidores se mantenían en el fondo del balcón del rey, en pie y silenciosos, aguardando á que S. M. les dirigiese la palabra.

El rey se hizo esperar un instante; luego, volviéndose hacia ellos :

— Y bien, señores, ¿ qué hay de nuevo ? — preguntó. — Buenos días, señor presidente Brisson.

— Señor, — respondió el presidente con su dignidad fácil á que en la corte llamaban su urba-

nidad de hugonote, — venimos á suplicar á V. M., como lo ha deseado el señor de Thou, que perdonéis la vida al culpable. Tiene sin duda algunas revelaciones que hacer, y prometiéndole la vida las hará.

— Pero, — dijo el rey, — ¿no las ha hecho ya, señor presidente?

— Sí, señor, en parte; ¿son suficientes para V. M.?

— Yo sé lo que sé, señor.

— Entonces V. M. sabe á qué atenerse sobre la participación de la España en este asunto.

— De la España, sí, señor presidente, y aun de otras muchas potencias.

— Seria importante comprobar esa participación, señor.

— Así, — interrumpió Catalina, — el rey tiene intención de sobreeser en la ejecución, si el culpable firma una confesión análoga á sus declaraciones ante el juez que le ha hecho aplicar el tormento.

Brisson interrogó al rey con la vista y con el gesto.

— Es mi intención, — dijo Enrique, — y no la

oculto por más tiempo; vos, señor Brisson, podéis asegurarnos de ella, haciendo hablar al paciente por medio de vuestro teniente.

— ¿No tiene V. M. nada más que encargarme?

— Nada. Pero nada de variación en las confesiones, ó retiro mi palabra. Son públicas y deben ser completas.

— Sí, señor, ¿con los nombres de los personajes comprometidos?

— ¿Con los nombres, con todos los nombres!

— ¡Aun cuando esos nombres se manchen por la confesión del paciente con la nota de alta traición é insurrección contra el primer jefe!

— ¡Aun cuando esos nombres fuesen los de mis parientes más cercanos! — dijo el rey.

— Se hará como V. M. lo ordena.

— Me explico claro, señor Brissón. Así, pues, no haya tergiversaciones, que se presente al paciente papel, tinta y plumas: que escriba su confesión, mostrando al público que implora nuestra misericordia, y se pone á nuestra disposición, y después veremos.

— ¿Pero puedo prometer?

— ¡Eh! sí, prometed siempre.

— Vamos, señores, — dijo el presidente despidiendo á los oidores.

Y, habiendo saludado al rey respetuosamente, salió detrás de ellos.

— Hablará, señor, — dijo Luisa de Lorena, temblando, — hablará, y V. M. hará gracia. Ved cómo nada la espuma sobre sus labios.

— No, no, anda buseando, — dijo Catalina, — anda buscando, y no es otra cosa. ¿Qué buscará?

— ¡Pardiez! respondió Enrique, — no es difícil de adivinar; busca al duque de Parma, al duque de Guisa; busca á mi hermano el rey catolísimo. Sí, busca! busca! aguarda, ve! ¿crees tú que la plaza de Greve es un lugar más cómodo para las emboscadas que el camino de Flandes? ¿crees tú que no tengo yo aquí cien Bellievres para impedirte que bajes del cadalso á que te ha conducido uno solo?

Saleado había visto á los arqueros partir en busca de los caballos. Había percibido al presidente y los oidores en el balcón del rey, y luego los había visto desaparecer: comprendió que el rey había dado la orden del suplicio.

Entonces fué cuando pareció sobre su boca lívida

aquella sangrienta espuma observada por la joven reina: el desgraciado, en la mortal impaciencia que le devoraba, se mordía los labios hasta hacerse sangre.

— ¡Ninguno! ¡ninguno! — murmuraba. — ¡Ni uno siquiera de los que me habían prometido socorro! ¡Cobardes! ¡cobardes! ¡cobardes!...

El teniente Tanchón se acercó al cadalso y dirigiéndose al verdugo:

— Prepárese usted, ejecutor, — dijo.

El verdugo hizo una seña al otro extremo de la plaza, y se vió á los caballos, rompiendo por entre el gentío, dejar detrás de ellos un tumultuoso sulco, que, parecido al del mar, se volvió á cerrar al punto.

Aquel sulco lo producían los espectadores que hacía retirarse ó derribaba el rápido paso de los caballos; pero la muralla demolida se volvía á levantar al momento, y á veces los primeros quedaban los últimos, y *viceversa*, porque los fuertes se lanzaban en el espacio vacío.

Entonces se pudo ver, en la esquina de la calle de la Vannerie, al pasar por allí los caballos, á un hermoso joven conocido nuestro, saltar del recantón

á que había subido, empujado por un muchacho que apenas parecía tener de quince á diez y seis años, y que parecía muy ardiente con aquel terrible espectáculo.

Eran el misterioso paje y el vizconde Ernauton de Carmainges.

— ¡ Eh ! ; Presto, presto ! — dijo el paje al oído de su compañero, — arrojaos por ese hueco, no hay que perder un instante !

— ¡ Pero nos van á ahogar ! respondió Ernauton, — ¡ estáis loco, amiguito mío ?

— ¡ Quiero ver, ver de cerca ! — dijo el paje con un tono tan imperioso, que era fácil de ver que aquella orden salía de una boca hábituada á mandar.

Ernauton obedeció.

— ¡ Seguid tras los caballos, seguid tras los caballos ! — dijo el paje, — ¡ no os separéis de ellos un palmo, ó de lo contrario no llegamos !

— Pero antes que lleguemos, os van á hacer añicos.

— No os cuidéis de mí. ¡ Adelante, adelante !

— Los caballos van á cocear.

— Agarraos á la cola del último; nunca cocea un caballo, teniéndole de esa suerte.

Ernauton sufría, á pesar suyo, la influencia extraña de aquel muchacho; obedeció, agarróse á la cola del caballo, mientras que el paje, por su parte, se agarraba á su cinturón.

Y en medio de aquella multitud ondulante como una mar, espinosa como un zarzal, dejando acá un paño de su capa, allá un fragmento de su ropilla, acullá la gorguera de su camisa, llegaron al mismo tiempo que los caballos á tres pasos del cadalso en que se retorcía Salcedo, en las convulsiones de su desesperación.

— ¡ Hemos llegado ? — murmuró el joven sofocado y sin aliento cuando sintió á Ernauton detenerse.

— Sí, — respondió el vizconde, — felizmente, porque se me acababan las fuerzas.

— No veo nada.

— Pasad delante de mí.

— No, no; todavía no... ¿ Qué están haciendo ?

— Nudos corredizos al extremo de las cuerdas.

— Y él ¿ qué hace ?

— ¿ Quién ?

— El paciente.

— Sus ojos giran en torno de él como los del buitre que avizora.

Los caballos estaban bastante cerca del cadalso para que los criados del ejecutor atasen á los pies y muñecas de Salcedo los tirantes fijados á sus collares.

Salcedo dió un rugido al sentir alrededor de sus tobillos el áspero contacto de las cuerdas, que un nudo corredizo apretaba contra su carne.

Entonces dirigió una mirada suprema, indefinible, á toda aquella inmensa plaza cuyos cien mil espectadores abarcaba él en el círculo de su rayo visual.

— Señor, — le dijo con urbanidad el teniente Tanchón, — ¿queréis hablar al pueblo antes que procedamos?

Y se acercó al oído del paciente para decirle quedito:

— Una buena confesión... para salvar la vida.

Salcedo le miró hasta el fondo del alma.

Aquella mirada era tan elocuente, que pareció arrancar la verdad del corazón de Tanchón hacién-

dola subir hasta sus ojos en que se puso de manifiesto.

Salcedo no se engañó; comprendió que el teniente era sincero y cumpliría lo que prometía.

— Ya veis, — continuó Tanchón, — como os abandonan; no os queda más esperanza en este mundo que la que yo os ofrezco.

— ¡Y bien! — respondió Salcedo con un rónico suspiro. — Haced que callen; estoy pronto á hablar.

— Lo que el rey exige es una confesión escrita y firmada.

— Entonces desatadme las manos y dadme una pluma; voy á escribir.

— ¿Vuestra confesión?

— Mi confesión.

Tanchón, fuera de sí de gozo, no tuvo que hacer más que una seña, pues estaba previsto el caso. Un arquero tenía todas las cosas prevenidas, le pasaron el tintero, las plumas y el papel, que Tanchón puso sobre el mismo tablado del cadalso.

Al mismo tiempo aflojaron como en unos tres pies la cuerda que sujetaba la muñeca derecha de

Salcedo, y le levantaron sobre el tablado para que pudiese escribir.

Sentado, en fin, Salcedo comenzó por respirar con fuerza y por hacer uso de su mano para tratar de enjugar sus labios y levantar sus cabellos que caían empapados en sudor sobre sus cejas.

— Vamos, vamos, — dijo Tanchón, — poneos á gusto, y escribid bien todo.

— ¡ Oh ! No tengáis miedo, — respondió Salcedo alargando su mano hacia la pluma, — perded cuidado, no olvidaré á los que me han olvidado á mí.

Y al decir esto, aventuró una última mirada.

Sin duda había llegado para el paje el momento de mostrarse, porque cogiendo las manos de Ernauton :

— Señor, — le dijo, — por favor, tomadme en vuestros brazos y levantadme por encima de las cabezas que me impiden ver.

— ¡ Ah, también eso ! En verdad que sois insaciable, joven.

— Hacedme este otro servicio, caballero.

— Vos abusáis.

— Es preciso que yo vea al paciente, ¿ entendéis ? es preciso que yo le vea.

Luego, como Ernauton no respondiese con bastante prontitud á la insinuación :

— ¡ Por piedad, caballero, por favor, — le dijo, — os lo suplico !

El muchacho no era ya un tirano fantástico, sino un suplicante irresistible.

Por consiguiente la cabeza del paje dominó á las otras cabezas.

Salcedo acababa precisamente de coger la pluma terminando su revista circular.

Vió aquella cara del joven y quedó estupefacto.

En aquel momento los dos dedos del paje se apoyaron sobre sus labios. Un gozo indecible asomó al punto al rostro del paciente. Hubiérase dicho que era la embriaguez del Rico avariento cuando Lázaro deja caer una gota de agua sobre su lengua árida.

Acababa de reconocer la seña que aguardaba con impaciencia y que le anunciaba socorros.

Salcedo, después de una contemplación de algunos segundos, se apoderó del papel que le presen-

taba Tanchón inquieto por su perplejidad, y se puso á escribir con una actividad febril.

— Está escribiendo, está escribiendo, — murmuró el gentío.

— Está escribiendo, — repitió la reina madre con manifiesto gozo.

— Está escribiendo, — dijo el rey. — Por Dios que le he de perdonar.

De súbito interrumpióse Salcedo para mirar aún al joven. Éste repitió el mismo signo, y Salcedo se puso de nuevo á escribir.

Luego, al cabo de un intervalo bastante corto, se volvió á interrumpir para mirar de nuevo.

Esta vez el paje hizo una señal con los dedos y la cabeza.

— ¡Habéis acabado? — preguntó Tanchón, que no perdía de vista el papel.

— Sí, — respondió maquinalmente Salcedo.

— Entonces firmad.

Salcedo firmó sin dirigir al papel la vista, pues la tenía clavada en el joven.

Tanchón alargó la mano hacia la confesión.

— ¡Al rey, al rey solo! — dijo Salcedo.

Y le entregó el papel, pero con perplejidad y como

un soldado vencido que entrega su última arma.

— Si lo habéis confesado todo claramente, — dijo Tanchón, — estáis salvado, señor de Salcedo.

Una sonrisa mezclada de ironía é inquietud asomó á los labios del paciente, que parecía interrogar con ansia á su misterioso interlocutor.

En fin, Ernautón, fatigado, quiso posar su incómoda carga, abrió los brazos, y el paje se deslizó hasta el suelo.

Con éi desapareció la visión que había sostenido al paciente.

Quando Salcedo no le vió ya, le buscó con la vista, y luego, como extraviado:

— ¡Y bien! gritó, — ¡y bien!

Nadie le respondió.

— ¡Eh! ¡Pronto, pronto! ¡Daos prisa! — dijo: — El rey tiene el papel y va á leer.

Nadie se movió.

El rey desplegaba vivamente la confesión.

— ¡Oh, mal rayo! — exclamó Salcedo, — ¿se habrán burlado de mí? Sin embargo, la he reconocido bien. ¡Era ella, era ella!

Apenas el rey hubo recorrido las primeras líneas,

pareció llenarse de indignación. Luego se puso pálido y exclamó :

— ¡ Miserable ! ¡ Malvado !

— ¡ Qué hay, hijo mío ? — preguntó Catalina.

— Que se retracta, madre mía; que pretende no haber confesado nada nunca.

— ¡ Y luego ?

— Luego, declara inocentes y extraños á todos los complós á los señores de Guisa.

— En realidad, — murmuró Catalina, — si fuese cierto.

— ¡ Miente ! — exclamó el rey; — ¡ miente como un pagano !

— ¡ Qué sabéis, hijo mío ? Quizá hayan calumniado á los señores de Guisa. Puede que los jueces, llevados de su excesivo celo, hayan interpretado mal sus declaraciones.

— ¡ Eh, señora ! — exclamó Enrique no pudiendo dominarse por más tiempo, — lo he oído yo todo.

— ¡ Vos, hijo mío ?

— Sí, yo.

— ¡ Y cuándo, si tenéis á bien decírmelo ?

— Cuando el culpable ha sufrido el tormento,

estaba yo detrás de una cortina; no he perdido una sola de sus palabras, y cada una de ellas me entraba en la cabeza como un clavo á martillazos.

— Y bien; hacidle hablar con el tormento, puesto que necesita el tormento; ordenad que tiren los caballos.

Enrique, arrebatado por la cólera, levantó la mano.

El teniente Tanchón repitió aquella señal.

Ya las cuerdas habían sido atadas de nuevo á los cuatro miembros del paciente; cuatro hombres saltaron sobre los cuatro caballos: resonaron cuatro latigazos, y los cuatro caballos se lanzaron en direcciones opuestas.

Un horrible crujido y un grito horrible salieron á la vez del tablado del cadalso. Se vió amoratarse los miembros del desventurado Salcedo, estirarse é inyectarse de sangre: su cara no era ya la de una criatura humana; era la máscara de un demonio.

— ¡ Ah ! ¡ Traición ! ¡ traición ! — gritó. — ¡ Quiero hablar ! ¡ quiero hablar, quiero declararlo todo ! ¡ Ah ! maldita duq...

La voz dominaba los relinchos de los caballos y los rumores de la multitud; pero se apagó de repente.



— ¡ Detened, detened ! — gritó Catalina.

Era demasiado tarde. La cabeza de Salcedo, hacía poco tiesa por el padecimiento y el furor, volvió á caer de súbito sobre las tablas.

— Dejadle hablar, — vociferó la reina madre. — ¡ Detened, detened !

Los ojos de Salcedo se habían dilatado desmesuradamente, y estaban fijos, y mirando con obstinación al grupo en que había aparecido el paje. Tanchón seguía hábilmente su dirección.

Pero Salcedo no podía hablar ya, estaba muerto.

Tanchón dió en voz baja algunas órdenes á sus arqueros que se pusieron á registrar entre el gentío en la dirección indicada por las miradas delatoras de Salcedo.

— Soy descubierto, — dijo el joven paje al oído de Ernauton; por piedad, ayudadme, socorredme, caballero, ¡ que vienen ! ¡ que vienen !

— Pero ¿ qué es lo que queréis todavía ?

— ¡ Huir ! ¿ no veis que me buscan á mí ?

— Pero entonces ¿ quién sois ?

— ¡ Una mujer... salvadme ! ¡ protegedme !

Ernauton palideció; pero la generosidad triunfó del asombro y del temor.

Colocó delante de sí á su protegida, le abrió paso á grandes golpes con el pomo de su daga, y la llevó hasta la esquina de la calle del Carnero, hacia una puerta abierta.

El joven paje se lanzó y desapareció por aquella puerta que parecía le aguardaba y que se cerró tras él.

No había siquiera tenido tiempo para preguntarle su nombre ni en dónde le hallaría.

Pero al desaparecer, el joven paje, como si hubiese adivinado su pensamiento, le había hecho una seña llena de promesas.

Libre entonces Ernauton se volvió hacia el centro de la plaza, y abarcó de una ojeada el cadalso y el balcón del rey.

Salcedo estaba tendido tieso y livido sobre el cadalso.

Catalina estaba en pie, lívida y estremeciéndose de ira en el balcón.

— Hijo mío, — dijo al fin, limpiando el sudor de su frente, — hijo mío, hariais muy bien en cambiar de verdugo, ¿ es de la Liga !...

— ¿ Y en qué lo conocéis, madre mía ?

— ¡ Mirad, mirad !

— Y bien; ya miro.

— Salcedo no ha sufrido más que un tirón, y ha muerto.

— Porque era muy sensible al dolor.

— ¡ No tal ! ; no tal ! — dijo Catalina con una sonrisa de desprecio arrancada por la poca perspicacia de su hijo. — Porque ha sido estrangulado por debajo del cadalso con una cuerda fina, en el momento en que iba á acusar á los que le dejaban morir. Mandad que un médico docto examine el cadáver, y estoy segura que hallaréis alrededor de su cuello el círculo que ha dejado en él la cuerda.

— Tenéis razón, — dijo Enrique cuyos ojos se animaron un instante, — mi primo de Guisa está mejor servido que yo.

— ¡ Chut ! chut, hijo mío ! — dijo Catalina. — Nada de ruido; se mofarían de nosotros, porque aun esta vez es partida perdida.

— Razón ha tenido Joyeuse en ir á divertirse á otra parte, — dijo el rey, — ya no puede uno contar con nada en este mundo, ni aun con los cadalsos. ¡ Marchemos, madamas, marchemos !

#### Los dos Joyeuse.

Los señores de Joyeuse se habían escabullido, como hemos visto, durante aquella escena por las espaldas de las casas consistoriales, y dejando en los coches del rey sus lacayos que los aguardaban con dos caballos, marchaban pareados por las calles de aquel barrio populoso, que ese día se hallaban desiertas, tan voraz de espectadores había sido la plaza de Greve.

Una vez fuera, se habían cogido del brazo, pero marchaban sin dirigirse la palabra.

Enrique, tan alegre no hacía mucho, estaba preocupado y casi sombrío.

Aun parecía inquieto y como embarazado por el silencio de su hermano.

El fué quien rompió primero el silencio.

— Y bien, Enrique, — preguntó, — ¿ adónde me llevas ?

— Yo no te llevo, hermano mío ; yo no hago más que andar, — respondió Enrique, como si despertase sobresaltado.

— ¿ Deseas ir á alguna parte, hermano mío ?

— ¿ Y tú ?

Enrique sonrió tristemente.

— ¡ Oh ! Á mí, — dijo, — poco me importa á dónde voy.

— Sin embargo, tú vas á alguna parte esta noche, — dijo Ana, — porque todas las noches sales y no entras hasta bastante tarde, y á veces hasta para no volver absolutamente.

— ¿ Me interrogáis, hermano mío ? — preguntó Enrique con encantadora dulzura mezclada de cierto respeto hacia su hermano mayor.

— ¡ Yo interrogarte ! — dijo Ana. — ¡ Dios me libre ! Los secretos son de quienes los guardan.

— Cuando tú lo desees, querido hermano, — replicó Enrique, — no tendré secretos para ti ; bien lo sabes.

— ¿ No tendrás secretos para mí, Enrique ?

— Jamás, ¿ no eres á la vez mi señor y mi amigo ?

— ¡ Diantre ! Yo creía que tú tenías, conmigo que no soy más que un pobre lego, á nuestro sabio hermano, á esa columna de la teología, á esa antorcha de la religión, á ese docto arquitecto de casos de conciencia de la corte, que será cardenal un día ; que te confiabas á él, y que hallabas á la vez confesión, absolución y ¿ quién sabe ?... y consejo ; porque, en nuestra familia, — añadió Ana sonriendo, — hay gente para todo, como tú sabes ; testigo nuestro amado padre.

Enrique del Bouchage cogió la mano de su hermano, y se la apretó afectuosamente.

— Tú eres para mí más que director, más que confesor y más que padre, mi querido Ana, — dijo, — te repito que eres mi amigo.

— Entonces, amigo mío, ¿ por qué de alegre que estabas te he visto ponerte poco á poco triste ? y ¿ por qué en lugar de salir, no sales ahora más que por la noche ?

— Querido hermano, yo no estoy triste, — respondió Enrique sonriendo.

— ¿Entonces qué tienes ?

— Estoy enamorado.

— ¡ Bueno ! ¿ y esa preocupación ?

— ¡ Nace de que pienso sin cesar en mi amor !

— ¿ Y suspiras al decirme eso ?

— Sí.

— Tú suspiras, Enrique, tú, conde del Bouchage, tú el hermano de Joyeuse, tú á quien malas lenguas llaman el tercer rey de Francia : Tú sabes que el señor de Guisa es el segundo, si en todo caso no es el primero. ¡ Tú que eres rico, que eres hermoso, que serás par de Francia, como yo, en la primera ocasión que yo halle, tú estás enamorado ! Tú estás pensativo y suspiras, tú que has tomado por divisa : *Hilariter* (alegramente) !

— Mi querido Ana, todos esos dones del pasado, ó todas esas promesas del porvenir, no las he contado nunca en el rango de las cosas que debían hacer mi felicidad. Yo no tengo ambición.

— Es decir, que ya no la tienes.

— Ó á los menos, ya no ambiciono las cosas de que me hablas.

— En este momento, tal vez ; pero más tarde ya volverás á ellas.

— Jamás, hermano mío. Nada deseo, no quiero nada.

— Y haces mal, querido hermano. Cuando uno se llama Joyeuse, es decir, cuando uno lleva uno de los más bellos nombres de Francia ; cuando uno tiene á su hermano favorito del rey, lo desca todo... lo quiere todo... y lo obtiene todo...

Enrique bajó melancólicamente la cabeza y sacudió su rubia cabellera.

— Vamos, — dijo Ana, — ya estamos bien solos, bien extraviados. ¡ El diablo me llève si no hemos pasado el río, tanto que estamos en el puente de la Tournelle, y eso, sin que lo notásemos ! No creo que en esta solitaria plaza, con esta fría brisa, cerca de esta agua verde, venga ninguno á escucharnos. ¿ Tienes algo serio que decirme, Enrique ?

— Nada, nada más sino que estoy enamorado, y eso ya lo sabes, puesto que acabo de decirtelo.

— Pero, ¡ qué diablo ! ¡ eso no es formal ! — dijo Ana dando una patada en el suelo. — ¡ También yo estoy enamorado, por vida mía !